

República Oriental del Uruguay

TERCER CURSO DE CONFERENCIAS

SOBRE PROBLEMAS

IBERO - AMERICANOS

ORGANIZADO Y PATROCINADO POR EL

CENTRO GALLEGO DE MONTEVIDEO



**REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA**

F 8875

Biblioteca

Menaje a Galicia, celebrado en el salón de actos
públicos del Centro Gallego el día
17 de Marzo de 1928



::: Conferencias pronunciadas por los señores
EDUARDO BLANCO AMOR: "GUIA PARA
UN ESTUDIO INTEGRAL DEL RENACI-
MIENTO GALLEGO". RAMÓN SUÁREZ PI-
CALLO: "INTERPRETACIÓN EMOCIONAL
DEL PAISAJE GALLEGO". *Palabras de pre-*
sentación por el Dr. CONSTANTINO SÁN-
CHEZ MOSQUERA.

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS CONFERENCIANTES



Eduardo Blanco Amor: Es la de personalidades más firmemente acusadas de la nueva intelectualidad gallega. Director literario de la "Revista Celtiga", colabora en casi todas las modernas publicaciones de Galicia en las que sus versos tienen altísima estima. Sus colaboraciones periódicas en "La Nación" de Buenos Aires, "Nos" de Orense, y "La Gaceta Literaria" de Madrid, son buscadas asiduamente por todos los gallegos cultos. Conferencista sereno, de enjundia y conciso, sabe cautivar al auditorio con sus ideas originales y justas. Con motivo del centenario de Don Francisco de Goya, pronunció ultimamente una conferencia en Buenos Aires que se reputa como la mejor de cuantas, sobre tan interesante tema, fueron pronunciadas en la gran ciudad vecina.

Ramón Suárez Picallo: Recientes aún sus grandes triunfos logrados en Galicia al ocupar la altísima tribuna de la Reunión de Artesanos, de La Coruña, parecería que no fuera necesario hacer la presentación de este literato

gallego. No obstante, la costumbre obliga. Procede Ramón Suárez Picallo del campo fecundo del periodismo: fué redactor del diario "La Argentina", de Buenos Aires, y en la actualidad ocupa el cargo de redactor jefe de "Correo de Galicia" y comparte la dirección literaria de la revista "Celtiga". Como otros muchos llegó al teatro y estrenó su obra "Marola", que logró sostenerse en el cartel durante 57 noches consecutivas. Especializado profundamente en los problemas sociales, el gobierno de la República Argentina envió a Suárez Picallo como Asesor Técnico de su delegación obrera a la conferencia del trabajo ultimamente celebrada en Ginebra (Suiza). Es orador de altos vuelos, y uno de los partidos políticos más numerosos de Buenos Aires lo envió al interior de la República Argentina en donde pronunció gran número de conferencias. Tiene publicadas en folleto varias conferencias y el libro "Cartas a los obreros". Fué candidato a diputado y a concejal varias veces. En el actual movimiento de renovación gallega se le considera como uno de los puntales más valiosos.

Palabras del Presidente del Centro Gallego, Dr. C. Sánchez Mosquera



Exmo. señor Ministro de España, señoras y señores: Teniendo en cuenta aquel proverbio que dice: "La caridad bien entendida empieza por casa", la Junta Directiva del Centro Gallego no quería terminar el período de su mandato sin dedicar un homenaje a Galicia. Bien lo merece de nosotros aquella región la más hermosa, entre las hermosas, que a pesar de sus muchos méritos y virtudes, sigue siendo ignorada o incomprendida por muchos españoles, por muchos americanos y lo que es todavía más triste, por muchos gallegos. Nosotros somos españoles nacidos en Galicia, amamos a la patria española con el máximo de fervor que un buen patriota siente por su patria, pero dentro de la extensión geográfica de España, hay un lugar de nuestra predilección. Ese lugar es Galicia.

Cuando después de varios años de exilio voluntario retornamos a los patrios lares recibimos impresiones que jamás se olvidan. Yo recuerdo la impresión que he recibido bajo las naves de la catedral de Burgos y frente a sus to-

rres esbeltas y magníficas; recuerdo la impresión que experimenté en Granada visitando La Alhambra, el Generalife y las maravillosas escuelas creadas por aquel sabio barón que se llamó el P. Manjón; no olvidaré la impresión en Córdoba dentro de la Mezquita; en Valladolid visitando la casa de Colón, en el Archivo de Simancas, en Sevilla, en Madrid, en Toledo... ¡Cuántas impresiones!

El fervor del patriota español salía a flor de mis labios para ponderar y admirar tanta belleza artística, para recordar con orgullo el pasado de gloria de nuestra nación hispana.

Pero llegué a Galicia. ¡Ah! Las impresiones fueron mucho más hondas. Una noche en Santiago de Compostela, solo, sin más compañía que mi capa para esconderme de las miradas de los transeúntes... ¡Aquella noche fue memorable para mi alma de gallego hispanista! Cuando en las rúas solitarias, en las que se turbaba el silencio con las carcajadas y las cántigas de estudiantes jóvenes que bulliciosos y optimis-

fas alegraban el ambiente sereno y reposado de aquella querida Jerusalén de Occidente; cuando los sonidos de una rondalla en que las guitarras y bandurrias tocadas por estudiantes anunciaban la serenata a una moza santiaguesa; cuando a las doce de la noche oía las campanadas que salían de la torre del reloj, de aquella mole gigantesca de preciado valor artístico que se llama la Catedral de Santiago, cuando mi alma palpaba y veía todo esto, mis ojos lloraban de emoción. ¡Qué recuerdos tan gratos para mí los de aquella noche inolvidable! La vida de estudiante: mis maestros, mis condiscípulos, mi juventud, la época más feliz de mi vida acudía a mi memoria.

Es mi pueblo La Coruña. Cuando después de pasar diez años hice el viaje desde esta hermosa y moderna ciudad gallega a la vetusta y gloriosa Compostela, un mundo de recuerdos me acompañaron en el trayecto. Para no perder un solo detalle tomé asiento al lado del chofer que guiaba el magnífico autobús. ¡Maldito progreso! Aquel viaje sería más feliz si lo hiciera en aquella "carri-lana" legendaria, tirada por doce briosos caballos que manejaban los diestros mayoresales Laura y Cabrera. Aquellos viajes de setenta kilómetros de bien cuidada carretera, en la época de estudiante, no se borrarán de mi memoria. Cantaba el mayoral coplas gallegas, hacía correr la fusta el zagal y en el caballo delantero un mozo

joven, de apuesta figura, fumaba un cigarrillo labriego y guiaba la cabalgata por las múltiples vueltas y revueltas de la simpática carretera. Al salir de La Coruña todos los estudiantes ocupábamos los puestos que nos correspondían, pero al llegar a Carral, la primera parada para cambiar de tiro, abandonábamos las berlinas y los coupés y nos acomodábamos en el interior. Allí reunidos y apretujados tirábamos de la oreja a Jorge y saboreábamos las meriendas que nuestras santas madres nos habían preparado para el viaje. ¡Todos los estudiantes íbamos apretujados! ¡Qué importaba! ¡Todos éramos camaradas!

Y aquí tenéis a mi Galicia, la región de tan gratos recuerdos que va aprisionada al alma de los gallegos y que siendo tan buena, tan meritoria y tan llena de virtudes, es ignorada, es incomprendida y es calumniada, a veces, en España y en América. No, señoras y señores, hace falta que Galicia no sea ignorada, es necesario que Galicia sea conocida y respetada. Los gallegos tenemos la obligación de "descubrir" a Galicia en estos pueblos divulgando sus monumentos, sus tesoros de arte, de ciencia y de historia que significan elementos de una civilización; es necesario que divulguemos los adelantos en ciencia, en arte y en urbanización de las hermosas y modernas ciudades gallegas elementos de una pujante civilización contemporánea. Tenemos la

obligación de hacer algo más. Los hombres de ciencia, los artistas, los pensadores y los poetas gallegos tienen que ser conocidos y prestigiados por los hombres de ciencia, por los artistas, por los pensadores y por los poetas de Ibero-América. Y es a las colectividades gallegas a quienes les corresponde, en primer término, esta obra patriótica.

La noche de hoy será memorable para el Centro Gallego. Dos ilustres paisanos henchidos de fe y de amor por Galicia han venido de Buenos Aires para honrar nuestra tribuna. Ambos a dos son jóvenes, por ello ambos a dos están influenciados por la santa rebeldía de la juventud. Más, no importa. Las caricias rebeldes de los jóvenes de hoy serán contrapesadas por las reflexiones y cor-tapisas de los que ya vamos siendo viejos. Lo principal de esta noche, el sedimento aprovechable de este acto, hemos de encontrarlo en los recuerdos que en forma magistral y erudita nos traerán

a esta tribuna los señores Eduardo Blanco Amor y Ramón Suárez Picallo.

Hombres y nombres de gallegos ilustres del pasado y del presente serán estudiados por Blanco Amor; ciudades y paisajes de Galicia serán cantados por Suárez Picallo. Nuestra querida región recibirá esta noche el homenaje que le rinde el Centro Gallego. Como hijos de España nacidos en Galicia amamos fervorosamente a nuestra patria, pero hay un pedazo del suelo español que nos llama y nos atrae porque allí reposan nuestros muertos queridos, allí están nuestros padres y hermanos, allí está encerrada el alma celta, que es nuestra alma, allí está Galicia siempre virtuosa, siempre acogedora y siempre amorosa para todos los gallegos.

Yo os pido un aplauso para los señores Blanco Amor y Suárez Picallo, que honrarán nuestra tribuna, pero os pido un aplauso acariciador y cariñoso, un aplauso gallego.



Conferencia del Sr. E. Blanco Amor



Dos advertencias prefaciales: Esta conferencia, como advertirá el lector, no contiene todo el comprometedor enunciado a que obliga su vasto tema. Premuras de tiempo para su dictado, obligaron a su autor a reducirla, prefiriendo dar la amplitud necesaria, aunque no la suficiente, a una parte de los tópicos en que, con anterioridad la había distribuido, dejando para otra ocasión el estudio de lo actual, de lo presente y de las posibilidades futuras del Renacimiento gallego.

El hecho de haber sido escrita en poco tiempo y lejos de la intimidad de los habituales libros de consulta debe merecer toda la indulgencia de los iniciados, por cuanto la mayor parte de los datos que en la misma figuran, han sido arrancados de la memoria: esa biblioteca un poco tornadiza y un mucho insegura.

No se ha querido privarla de ese tono rapsódico y desenfadado, que tanto condice con el entusiasmo con que fué trazada, sometiéndola al torniquete de una revisión prolija. Algún nombre extranjero con la ortografía martirizada, tal vez algún menudo error en la transcripción gráfica de los versos antiguos y algunos bríncos funambúlicos en la cronología, son, empero, los defectos de técnica — de los otros está plagada — que encontrarán los minuciosos. Este déficit de sosiego y de exactitud, considérelo el lector zanjado con el amor y la fé que el autor puso en las líneas que siguen.

GUIA PARA UN ESTUDIO INTEGRAL DEL RENACIMIENTO GALLEGO—

Señoras, Señor Ministro de España, Señor Presidente del Centro Gallego, compatriotas y amigos:

En el comienzo de esta confe-

rencia, siento un poco en mi conciencia el temor y la responsabilidad de este instante en que la ilustre tradición de esta tribuna, va a ser rota.

Quizás por vez primera la juventud desconocida, un poco revoltosa y un mucho improvisadora, apasionada e iconoclasta, la

ocupa para armar un poco de algarada en su bien cimentada celebridad. De ahí que el tópico de la emoción a que hay que referirse en todo prefacio oratorio, para que el público cobre su altivez de cosa temible y dominante, sea en esta ocasión sincerísima verdad. De las más sinceras y de las más tremendas verdades de mi vida. Emoción presentida a ocho días de distancia escribiendo frente a esta hermosa carcajada del mar; de un mar alegre y optimista, mar de empleado en vacaciones. Emoción de extraños respetos, emoción de sagradas profanaciones, emoción de perdido en el templo, sin el soplo divino de la sabiduría que valorice la palabra instintiva y que respalde las nuevas verdades, más dictadas por el temperamento y la intuición que por la erudición y por la experiencia.

El Centro Gallego de Montevideo, en su amplia y valerosa avidez de ilustración, quiso que esta voz trémula y moza de la nueva Galicia, hubiese predicamento entre las lucubraciones sosegadas y hondas que nos precedieron. Loada sea su intención y esperemos que la misma fuerza apostólica del tema nos ayude en nuestra audacia y premie vuestra atención, con el aprendizaje de cosas nuevas y el recuerdo de algunas ya sabidas.

Tema seco y heroico el que me impuse, para la mayor gloria de mi tierra, perdonaréis si esta conferencia se desliza renguean-

do, apoyada en las dos pesadas muletas del dato pelado y de la seca especulación. A cambio de vuestro sacrificio, os ofrezco lo más que puede ofrecer un poeta: una completa inhibición lírica. Os digo con el corazón, que lo de menos, esta noche, es el éxito personal. Imaginadme en una cabina, pasando un film. Toda vuestra atención para lo que escuchéis. Os prevengo con honradez que esta es una cháchara informativa. Un poco de altoparlante y la aridez del índice, es todo cuanto me permite la desproporción del tiempo, con el asunto y también la misión escuetamente noticiosa que me impuse.

Galicia presenta hogaño el espectáculo multiforme y rico en sugerencias, de un renacimiento totalista e integral. Pertenece a este movimiento la mayor y mejor parte de la intelectualidad, propiamente dicha y lo mejor del profesorado. Tiene raíces en la escuela, en el instituto y en la Universidad.

Se está colonizando el alma del niño, el entusiasmo disperso del adolescente y la ardorosa actividad de la juventud. Puede decirse de una manera absoluta y además demostrarse que, fuera del núcleo renovador, no hay una personalidad joven que merezca la pena de interesarse por ella. Quiere decirse que operamos con una base de personas estudiosas, sobrias y poseedoras de esa cultura amplia y potente que carac-

teriza a todos los directores y epígonos renacentistas, que han dispuesto sacrificar todo lo inmediato, en bien de una visión cíclica, llena de futuro. De antemano hemos aceptado nuestro papel de puentes que arrancan de la renunciación y desembocan en el futuro. Un gran temblor apostólico nos mueve a todos y todos los holocaustos nos parecen pequeños ante la magnitud y la responsabilidad de la obra en que estamos empeñados.

Dos direcciones aparentemente opuestas que han de encontrarse en un resultado común, encaminan esta movilidad de la gente gallega. Dos caminos: uno investigador y crítico; otro sintético y constructor. El almacén y la fábrica, dicho en palabras menores. El primero explota, remonta las casi vírgenes veredas del arte popular; catea la costumbre, sigue las ricas vetas del folk-lore; lava y clarifica las turbideces naturales en un idioma secularmente desterrado como instrumento para la expresión de un modelo peculiar de pensar y sentir, y entresaca de sus lodos el sedimento de oro de las palabras precisas que, una vez trabajado por esos orfebres que son los poetas, vuelve a adquirir el brillo de joya recién nacida; ahonda en la prehistoria para buscar un gesto más en la fisiognomía múltiple de la actividad de la raza; extrae de las síntesis paremiológicas el buen zumo de la sabiduría popu-

lar y la ética cotidiana condensada en los refranes y proverbios, que son como cristalizaciones de la filosofía moral consuetudinaria en el andar de pueblos y generaciones; atrapa el cantar que vuela como un pájaro libre desde los labios de la moza vendimiadora, de pierna desnuda y dorada, o de la garganta del mariñán finisterrano, que lo llevó haciendo equilibrios en todos los paralelos de la tierra; apaña la canción que vuela del surco recién abierto y arranca estrellas de la mano zagalona que repica el pandero, y la engarza en la disciplina simétrica del pentagrama, que es como la jaula de los sonidos; estudia en los signos mágicos de los bailadores que van dibujando con los ágiles pies, trenzadores de aires el festón de muñeiras y riveiranas, la eterna geometría de los ritmos que alegran el corazón del pueblo; busca en la devoción crucificada de los picapedreros, que hicieron santos los caminos con su siembra ancestral de calvarios de granito, el sentir místico de las gentes sencillas y su interpretación racial de los misterios. Y así en todas las disciplinas.

Utilizando el material extraído de estos recónditos sesamos, los de la otra dirección construyen. Construyen aplicando al hecho antiguo toda la técnica moderna. Otra vez, y esta para bien, lo del vino nuevo en los odres viejos. Su mirada trepa por los bosques de capiteles pesquisando en la

simbiosis esotérica del hombre y de la piedra, en el cincelar románico, un punto de partida para nuevas aventuras arquitectónicas; en la rueda dentada del Pórtico de la Gloria de Compostela, los nuevos escultores torturan su inspiración para obligarla a expresiones que están ocultas y en la dondura plateresca de las torres del Obradoiro, que bailan en la brétema una armoniosa danza de curvas gráciles y mujerengas, los arquitectos moldean un arte que ha de salpicarse por las tierras verdes de la veiramar, desplazando la mentecatez indiana de los nuevos ricos, que han manchado el paisaje con sus fantasmónadas de cemento; los poetas martillan su inspiración en forjar universales y estudian en él intimidades idiomáticas del hermano Portugal, el grado de evolución del lenguaje, común en otro tiempo, procurando aprovecharla en lo posible, sin descuidar de dejar bien establecidas las diferencias que un vivir distinto condiciona en la psicología de los habitantes de un país.

Los pintores carecientes de una sólida tradición, buscan en la naturaleza del suelo, fértiles temas y motivos de estudio. Y así los decoradores, los dibujantes, los ceramistas, las artes menores...

Condiciones psicológicas especiales, en cuya develación y fijación se está trabajando, hacen que nuestros artistas sean gentes desconfiadas de sí mismos, inqui-

sitivos, dudosos y un poco desmesurados. No es la gigantomáquica fantasía meridional, sino aquel punto de sutil desproporción sin el cual, al decir creo que de Lord Bacon, no existe la refinada belleza. Esta duda y esta angustia de expresar, hacen del artista, como del hombre medio gallego, un espíritu independiente y un poco burlón, poderosamente imantado hacia la autodidacia, que tiene la excelente virtud de no contaminar con lugares comunes y que hace triunfar al que tiene genio para ello, como hace automáticamente un fracasado del simple estudiantón que se concreta a referir, de ésta o de aquella manera, lo que le enseñaron.

Vamos a fijar, en una cromología modesta y parva, algunos antecedentes de esta disposición anímica particular. Fermín Bouza Brey, uno de los jóvenes más agudos y laboriosos, entre los universitarios, quien además de su gran talento no olvida que el genio es un poco "la larga paciencia", en su notabilísima conferencia "Cencia e Filosofía galegas" que he tenido el honor de leer en Buenos Aires, entresaca de la letra de los Romanceros y Cancioneros, por un lado y de las doctrinas del célebre heresiarca gallego Prisciliano, por otro, las bases diferenciales más antiguas de nuestra psicología en lo artístico y en lo filosófico.

En efecto: el priscilianismo, doctrina de filiación pagana y panteísta, que en pleno siglo III

niega la santísima Trinidad; doctrina antidogmática, en cierto sentido, y por lo tanto tentadora para los espíritus analíticos y libres, en cuya discusión se revelan los más grandes cerebros de aquel tiempo, figura en el pronaos de la historia de nuestro pensamiento, como una piedra miliaria, iniciando nuestro escepticismo rebuscón y antipragmático que se aviene mal a aceptar verdades que exijan una incondicional creencia. También en el siglo XVII, después que los choques de las ideas medioevales contra las del Renacimiento, abrieran motivos de discusión, aparece Francisco Sanchez, con su celeberrimo tratado *De Quod Nihil Scitur*, donde niega con dialéctica maravillosa, como es imposible llegar al conocimiento absoluto de la verdad objetiva, siendo el tal filósofo gallego precursor de Kant por un lado y de Descartes por otro. Feijoo en el siglo XVIII, más grande, más sereno, más profundo y más constructivo que Voltaire, sostiene la continuidad filosófico-escéptica, con grandes y modernas concesiones al mejor humor, y aún, a veces, a la más destemplada ironía, a pesar de la contención y la mesura que su regla y hábito benedictino implicaban. Escepticismo por saturación analítica panteísmo, en forma de "humus" psicológico, sentido directo de la realidad por encima de la pura especulación y humorismo como consecuencia de este nihil a que

arriba la dialéctica en sus consecuencias últimas, por un extremo. Por otro sentimentalidad prístima y despreocupada de las inquisiciones intelectuales y de lo material en su aspecto épico, parecen ser las bases psicológicas de la superior vida mental del pueblo gallego.

La letra de los Cancioneros, cuyo origen las más de las veces es eminentemente popular, a pesar del influjo trovadoresco y cortesano, nos demuestra que el artista gallego, estima antes que nada su propia intimidad y gusta de cantar lo que le rodea: es decir aquello que ve y ama. Las cántigas de maldicer y de escarnio, entre las intencionadas y humorísticas; las de ledino y romería entre las de paisaje vital y móvil; las villanescas, de amante o de amigo y las "Tenzóns d'amor" son aquellas en que el poeta nos da lo mejor y más sentido de su propio lirismo. Es decir: humor irónico, un poco escéptico e irreverente; sentido intuicional del paisaje mezclado con la acción y sentimentalidad de la más purísima ternura y de requintado buen gusto en su expresión.

Estas voces poéticas exquisitamente delicadas, que nos llegan desde las honduras del siglo XIII y XIV, según algunos desde la segunda mitad del XII, cuando Castilla apenas hacía escuchar la fanfarria primitiva solemne y ruda de las gestas o emprendía el recuento milagrero de los "sactos varones" y antes de que el arcí-

preste diese sus agudezas un poco lagartonas y densas, adobadas con agriete vinillo de las ventas villanas y una excitante picazón de cantáridas, ya nuestra poesía tiene tanta prestancia lírica, tan resuelto y cautivante tono, tanta variedad de ritmos, tan finísima y afilada intención y tal riqueza verbal, que puede fijarse a este siglo de oro de nuestra lírica primitiva, como precursor o como anterior, por lo menos, a todo

cuanto la poesía castellana tiene de ductilidad, de sentimiento y de finura hasta antes del renacimiento, en que la influencia italiana arrasó con todo.

Ved aquí, entre cien, a un poeta del Cancionero de la Vaticana, dudando, hace siete siglos, con festivo acento y despreocupado humor, de la verdad eterna y final: Dice Airas Nuñez, citado por Bouza:

Nos moosteiros de frades regrados
a demandei, e dixéronme así:
"Non busquedes a verdade eiquí
que muitos anos avemos pasado
que non morou nosco, per boa fé
non sabemos donde ela agora esté
e de ela agora avemos maiores cuidados.

.....
En Sant'Yago, sendo albergado
en mía pousada, chegaron romeus,
pregunteio e dixeron: ¡Par Deus!
moito levades o camiño errado
ca si a verdade quiserdes achar
outro camiño convén buscar
ca non saben que d'ela foi mandado.

He aquí un epigrama de Alfonso de Cotón, poeta más o menos de la misma época del anterior, también citado por Bouza, saturado de enxebreza y sin la ironía casi

siempre incisiva e insultante que adoptó este género en otras literaturas hispánicas. Para mí es una muestra exquisita de humorismo nativo:

A unha vella quixen eu trovar
cando en Toledo fiquei de esta vez
e veume Orraca López rogar:
e dixome así: Par Deus que vos fez
non trovedes d'unha vella eiquí
¡ca cuidarán que trovades por mí.

Entre otros, como Martín Códax, que cantó con unción "as ondas do mar de Vigo", Xan Zorero delicioso poeta con cierto aquel de infuso epicureísmo, suave Anacreonte del Cancionero citado, hace entrar los elementos de paisaje en sus trovas.

Bailemos agora, por Deos, aí loadas
so aquesta avelaneiras granadas
e quen for loada como menos loadas
sí amigo amar
so aquestas avelaneiras granadas
verra o bailar.

En cuanto a las canciones de amor, todas ellas están consteladas de gritos angustiosos que se escapan del alma pinchada con los siete puñales del amor doloroso. Esta innata introspección de nuestros poetas, esta preferencia del propio drama o de aquellos que con él tengan semejanza, es otro de los matices de nuestra lírica que andando el tiempo había de organizarse perpetuamente en esa flor de la novela caballescresca que es el Amadís de Gaula y en Siervo Cautivo de Amor, de Macías de Padrón que murió de lelegendarios amores, como había muerto Egas Muñiz tres siglos antes, ha hecho imposible andando el tiempo que se pueda hablar de romanticismo en España, durante el siglo XIX sin referirse de una manera casi exclusiva a

Venid, dice en una de ellas, a bailar bajo estos avellanos bien granados.

Y la que fuese tan loada como las más loadas, a su amigo bajo estos avellanos granados, bien vería danzar:

Galicia, ya que además de la generación de románticos gallegos que se expresaron en lengua vernácula, el más romántico, el romántico por definición de la lírica castellana, Nicomedes Pastor Díaz, según anota muy acertadamente Risco, era también gallego.

Otras dos muestras que no resisto a la tentación de exhumarlas: He aquí un fragmento de Pero da Ponte, expresando el mal de saudade, por boca de mujer: Viste madre o que el decía que por mí era coyado? Poys mandado non me envya. Entendo eu, do perjurado que xa non teme miña ira, ca se non noyte nin día a menos do meu mandado nunca s'el d'aquí partira.

Otro saudoso, Gonzalves de Sa-nabria:

Sofrer quero de nunca lle dizer
qual ben lle quero no meu corazón,
pero m'é grave así deus me perdón:

¡Mais, de pran, esto non podo sofrer
D'estar muito que a non vexa!

E sofrerlh' — ei quanta coita me da
e cuant'afan outro, mi aver fazer,
e ela faca cuanto quizer.
Mais de pran, esto non sofrerei ja,
D'estar muito que a non veja
¡Ca non posso que morto non seja!

Aún en el final del siglo XIV Macías el enamorado, impermeable a la infiltración extraña nos da gotas de sangre de su pobre corazón flajelado y dice: Viéndome cautivo de mi enorme tristeza todos se espantan de mi mal, y preguntan que ventura fué la causa de mi tormento. Y yo, amigos, no se que en el mundo haya quien os diga más de mi quebranto, que ésto que ahora os digo: "Nunca debí haber pensado en aquello que hoy es la causa de mi locura". Escuchadlo en la musicalidad del verso:

Captivo da miña tristura
xa todos prenden espanto
e preguntan ¿que ventura
foy que m'a tormenta tanto?
Mays non sei no mundo amigos
a quen mais do meu quebranto
diga d'esto que vos digo:
que eu ben sei nunca devía
al pensar que faz folia.

Para cerrar esta síntesis del espíritu de los Cancioneros, citaré, por último, una trova de amor del poeta Alvarez Villasandino, del final del siglo XIV, que me parece perfecta en su contenido

y en su forma y que acentúa el tono que pudiéramos llamar arquetoromántico de la sentimentalidad gallega:

Ay que mal aconsellado
lustes corazón sandeo
en amar a quen ben creo
que non hay de vos cuidado.
Por meu mal, vosa porfia
fo en o mundo comencada:
non cesades noyte e día
destruyr vosa morada;
voso pensar non val nada
en amor que en vos non pensa:
nos vos veio outra defensa
sinon morte ¡malpocado!

Tiene tan fuerte sugestión para nosotros la poesía de los Cancioneros, la sentimos tan eterna y tan hondamente temperamental que no hemos podido menos que dedicarle a este tópico una extensión tal vez desproporcionada con el conjunto de esta conferencia. Es por ello que debemos saltar algunos temas del sumario anunciado.

La unificación de las distintas nacionalidades que formaban el mosaico de la España medioeval y la subsiguiente hegemonía cas-

tellana, contribuye a la extinción de esta alta llamarada cultural cuyo resplandor es la lírica de entonces y Galicia empieza a perder lo más característico de su fisonomía. No entramos, por no estar en el tema ni el tono de esta velada, a intentar la crítica serena y metódica de esta época de verdadera muerte civil para nuestro país, y cuyo yerro secular estamos procurando desvanecer, desde hace unos 50 años, con las intermitencias que requiere labor tan gigantesca. A una época de literatura rencorosa en pro del reconocimiento de nuestros valores y de nuestros derechos, ha seguido una época fecunda de construcción y de serenidad. Nuestros grandes escarmientos nos han llevado a acentuar las fórmulas de acción cultural y automáticamente a un nihilismo político que ya nada espera de un Estado que las pocas veces que ha hecho justicia lo fué en el tono limosnero y superior de quien hace mercedes.

A partir del siglo XV, Galicia "que había sido estado soberano los 170 años de la dinastía sueva y que durante la mayor parte del tiempo de la Reconquista, desde el siglo XIII hasta casi el XVI solo le faltaba tener monarca propio para ser estado independiente"; la Galicia de aquel Gelmírez, grande en lo poderoso de fuerza y espíritu como un Emperador, quien al decir de Murguía "sin ser rey tuvo en sus manos la suerte de los reyes y el destino de los pue-

blos"; la Galicia de los siglos medios que trocara a Santiago en la estrella polipétala a la que convergían por la luz de sus cien estradas, todo lo más selecto de la cultura occidental; Galicia que, en defensa de su libertad, que es la honradez de los pueblos decentes, luchó contra el cesarismo de los reyes fanáticos, de derecho e inspiración divinas; la versícro-ma y rica Galicia de los gremios; de las libérrimas ciudades autónomas; de los navegantes ilustres; de los frailes asombro de sabiduría; de los trovadores de galano decir y alma añiñada y temblorosa, maestros del sentimiento nacional y focos primarios de todo lirismo peninsular; la Galicia de los Hermandinos ;Deus Fratesque Galiciae! que dieron su sangre con prodigalidad de cosecha, por los caminos montañoses; la Galicia de la armada propia, que combatió en Lepanto con la bandera gallega al tope de la Capitana, cayó asesinada a traición una noche de invierno, en paisaje de lobos, condenado para siempre, desde el suplicio del Mariscal Pardo de Cella y de su hijo ;Santa sea su memoria! a no engalanarse más que con flores de sangre que surgen en el pico rojo de las carpazas, como si la de los caídos, rachando la entraña dura del granito, quisiese hacer eterna su presencia, bajo el fuego rencoroso de cada estío:

Froliñas pequerrechíñas
i-agrouladas que se queixan

de que tanto, tanto tarden
en cobrarse contas vellas.

Hay que reconocer que no todo fué responsabilidad política. Galicia como todos los pueblos nacidos de la bruma nórdica y nutridos de cultura y tradición occidentales, vió invadido su camino por el avance renacentista. Aquel aluvión humanista y neoplatónico, aquel gran resplandor mediterráneo; aquella concreta serenidad helénica el blancor pentélico de aquella sabiduría que había de interrumpir la madurez del pensamiento gótico, posponiendo nuestro diluido celtismo y el aporte de lo germano a un nuevo y poderoso ideario, pesaron no poco en nuestro estancamiento. La cultura autóctona de Galicia se va desvaneciendo lentamente. Todavía en tiempos del buen Marqués de Santillana en su célebre carta al Condestable de Portugal, podía aquel ilustre y veraz poeta, decir: "Non a mucho tiempo, cualesquier Dezidores e Trovadores de estas partes, agora fuesen castellanos, andaluces o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa". Los reyes de España empezaban a enamorarse de su gloriosa epopeya y a petrificarse en la contemplación de sus destinos de pueblo elegido por Dios, sobre todos los de la ancha tierra para extender con el santo argumento de la Inquisición sus doctrinas por doquier. Comienza para Galicia la leyenda negra. Las prerro-

gativas de los centros de estudios compostelanos, empiezan a cicatearse, como asimismo las de la basilica.

Nuestros nobles comienzan a sentir vergüenza de pertenecer a un pueblo que no quiso someterse y adular y emigran a la corte; nuestra personalidad cae en el ludibrio; la obra de los Cancioneros ya es desconocida: ni uno solo de los escritores castellanos, la nombra. Lope de Vega, protegido y secretario de un gallego, el Conde de Lemos, empaña para siempre su poderoso ingenio, insultándonos en una comedia repugnante y zafia; Cervantes gallego por los dos apellidos, gallego por las geniales manifestaciones de su humor, completamente esporádico en las letras de Castilla, más inclinadas a lo solemne y a lo teológico; nieto de hidalgos gallegos, según sus biógrafos más documentados nos niega predicamento para entender en las artes y dice que Galicia es tierra estéril para producir poetas, olvidando que es también un gallego, el mismo Conde de Lemos uno de los hombres más cultos de su tiempo, quien le protege y quien tiene que salir en defensa de su país en un fervido escrito. Final de todo esto es que en tiempos de Carlos I se nos niega delegación a las Cortes de nuestro señor el Rey y se pretendió que fuésemos representados por una provincia Castellana, Zamora, ante las Juntas del Reino. Así nos creció el pelo.

Pero la prodigiosa vitalidad de la mente gallega, si bien dispersa y sujeta a las modas espirituales de aquel tiempo, continúa dando muestras de su milagrosa supervivencia. En la epopeya del descubrimiento y de la colonización de América, dejando a un lado la nacionalidad gallega de Colón, Galicia está representada por muchedumbre de nombres gloriosos. Para dar una idea de la extensión y calidad del pensamiento gallego en esta época — dice Bouza Brey — baste con la siguiente somerísima cita: En Galicia, entre mil, D. Alonso de Fonseca, fundador de la universidad y varón conspicuo, merced al cual pudo decir Erasmo de Rotterdam, quien le dedicó algunas de sus obras, que debía más a España que a su patria. En América, unos años antes, Fray Pedro Betanzos, funda Nicaragua y en menos de dos lustros aprende 14 idiomas indígenas y escribe vocabularios y textos en aquellas lenguas. También su contemporáneo Francisco de Parra escribe obras en idiomas americanos siendo la principal para la ciencia filológica, el "Vocabulario de los tres principales idiomas hachiquel, quiché y tzutuchil". Fray Francisco Varela, deja un diccionario de lenguas americanas compuesto de 400 folios. En Manila Teodoro de Quirós escribe e imprime en lengua tagala. Tirso González introduce la primera imprenta en América y Xan Díaz escribe el primer libro de matemáticas del Nuevo Continente.

En Europa y solo enfocando una pequeña parte del siglo XVII encontramos simultaneamente explicando ciencia a los siguientes gallegos: En Tolosa y Montpellier al famoso filósofo escéptico Francisco Sánchez; Alvaro Cadaval y Francisco Caldas en Coimbra; Antonio Mauricio de Pazos Figueroa es rector de la Universidad de Bolonia; Fray Bermúdez y Pedro Castro, en Alcalá de Henares; Diego de Quiroga, Benito Fernández Ares Cadaval, a quien llamaban el segundo Séneca, en la Universidad de Salamanca, de la que era rector otro gallego Baltasar Moscoso a quien sucedió en el cargo un su hermano, también gallego, llamado Melchor pongamos varios discretos etc., que sería cosa de no terminar.

En consecuencia, todos los que sabemos estas cosas, tenemos el santo derecho de enfurecernos cuando se habla de Galicia como de un Senegal europeo y cuando alguien dice, "que España suele mandar a América algo más que gallegos". Ojalá que todos los males que sufra esta amada tierra, elegida por nuestro amor como segunda patria, sean estas invasiones pacíficas de gentes que pertenecen a una de las razas más honradas, más sobriamente inteligentes, más dignas y más trabajadoras del mundo. Amén. Y en este amén estamos seguros que nos acompañan muchos ilustres hijos de América.

En el siglo XVIII el pasado ga-

llego revive en las indagaciones del sabio Padre Martín Sarmiento, verdadero enamorado de su tierra y hombre agudo si los hay, en quien la broza erudita no cegó la divina fuente de la intuición ya que a ella se debe, a sus presentimientos geniales, el comienzo de las indagaciones que culminaran en el descubrimiento de los cuatro Cancioneros, el de la Vaticana, el Colocci Brancuti, el de Baena y el Ajuda, y el descubrimiento personal de la carta de Santillana al Condestable, citada anteriormente. La exhumación de los Cancioneros tuvo entre otras, la virtud de elevar el pasado literario gallego, a categoría de estudio y discusión universal. Para que se vea que no hay sectarismo en esta afirmación haremos de memoria, pues no tenemos documentación a mano, un ligero recuento de países y personas que se han ocupado en centenares de páginas de este hallazgo y de su transcendencia:

En Portugal, a cuyos sabios debemos bastante más que nuestros sabios oficiales, los bien queridos Teófilo Braga y Carolina Machaelis de Vasconcellos y también Carlos Stuar, López de Moura, Herculano, Francisco de Varnhagen, José Joaquín Nunes; Ayres de Sa; Neves Carvalho Portugal, Coelho, Riveiro des Santos, Leite de Vasconcellos; García de Rezende, que publicó un Cancionero con comentarios en Nueva York, Riveiro de Santos etc. En Italia, entre otros Ernesto Monacci, En-

rico Molnetti; Cesare de Lollis y los contemporáneos Benedetto Croce y Farinacci. En Alemania Cristian Friedich, Bellerman, Adolfo Ebert, Federico Hanssen, Adolfo Mussafia que publicó en Viena, Guillermo Volk, Eduardo Wechsler, Stork, Volk, Renert, etc. En lengua castellana innumerable autores, entre los que debemos destacar a Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, que afirma que el Amadís es obra de un gallego, a Menéndez Pidal, Marqués de Valmar, etc., y no debemos dejar sin alusión a los meritisimos gallegos Manuel Murguía, Martínez Salazar, Villamil y Castro y al excelente divulgador Eugenio Carré Aldao, en cuyos libros encontramos la mejor guía para estos estudios. Carré Aldao es un escritor erudito firme y un gallego meritisimo a quien Galicia debe mucha gratitud.

Sarmiento hombre de sabiduría y de actividad realmente pasmosas puede calificarse como precursor remoto de la gran curiosidad que despertó Galicia en los estudiosos del siglo XIX, por cuanto puso buena parte de su ciencia al servicio de su patria natural en una consciente polarización de la voluntad. Sus airadas discusiones con los clásicos enemigos de Galicia, su análisis sereno y vertical y por momentos su desenfado y su incredulidad, lo hacen aparecer como una mentalidad netamente gallega. Con Sarmiento y con Feijoo se inicia en las ciencias críticas y filosóficas el re-

greso de los sabios gallegos al estudio de su tierra natal.

El sabio orensano, que en sus momentos más sinceros era poeta, dejó algunos versos en gallego como aquel en que se defiende de no haber acudido en defensa de Galicia invadida por los ingleses y que dicen; fragmentariamente citados:

Pois que sempre algún malsin
tacha a miña boa ley,
deixaime chorar sin fin
desgracias en que nacín
na lingua en que me críei.
Dín que non quixen facer
nada a os ingreseos que entraron
Eu ben quixen parecer,
mais, como podía vencer
a quen non ver me deixaron?
Tuvéronme ao flos ver
preso donde non podía
nin pelexar nin fuxir.
;Si me deixaran saír
Dios ten dito o que sería!

Feijoo utiliza por primera vez al menos en lo que nosotros conocemos de la historia del pensamiento español, las costumbres, heregías y supersticiones del pueblo gallego que critica con soberano humor. Cuando escribía sus folios, allá en la celda benedictina de Valladolid, no podía olvidar a su tierra y cuanto en ella había observado y vivido: aquellas amalgamas de reminiscencias de paganismo celta y de terrores religiosos, son por el sabio, duramente zurradas como también la política demasiado man-

ga ancha de la iglesia que, cuando, como en el caso de Galicia, no puede desarraigar de la entraña de un pueblo las raíces de una religión anterior y más conforme con la substancia psicológica del mismo, trata de transformar su fenomenismo piadoso, convirtiéndolas en prácticas admitidas por el culto. Ahí están todavía San Andrés de Teixido, "a donde irás morto ou vivo" con su romería en cuyo camino no puede matarse, so pena de tremendas responsabilidades, ningún reptil ni alimaña, porque es verdad inconclusa que refugiada en el cuerpo del pobre bicho va, viandante y afligida, el alma de algún difunto adolecido en vida de mal de indiferencia y que debió reencarnar en envoltura vilísima para ofrecer al santo su repante y póstuma humildad: auténtica creencia metempsicósica, practicada por gentes que no olieron ni de lejos a los de la escuela jónica, Platón, Pitágoras ni rabos de gaita. Ahí está el baño de las nueve ondas, a punto de la media noche de San Juan, en el mar que rodea la desnudez de viejas y rapazas con fulvos haldos de espuma encendida; ahí están los San Antónios en el fondo de los pozos por no andar diligentes con el milagro pedido; y los trasnos, diablos familiares, que arman gran faramalla de suplidos, ruidos, gemidos, en las conocidas aldeanas; ahí sale el cura revestido de capa pluvial a descomulgar a los diablos de la tormenta que vienen

ginetes sobre cada pelouro de granizo, segur de sementeras, hambre para los horreos, para las pipas ventrudas y para las artesas de noble y náutico lineamiento.

Ahí está el dolmen de Coba de Lobo, que bajo la advocación de un San Benito, negro como mis pecados, cura todos los raquitismos conocidos y posibles, con solo pasar al menguado tangaraño, ojiabierto, flaco, ventrudo amarillento, por bajo la piedra cupular del peñasco, como si aquel fragmento granítico de la osamenta del mundo tuviese el poder de co-

municar al triste niño encanijado una misteriosa fuerza telúrica.

Todo este tesoro de supervivencias fué catalogado y estudiado por Feijoo. Como reacción contra las secas fórmulas escolásticas, Feijoo, mente concreta y revisora, auxiliado por todo el saber de su tiempo, prefirió a darle otras cuantas vueltas al dato libresco, esta verdad omnipresente del hecho vivo, del documento natural. Más

que un renacentista gallego, consciente e intencionado en su misión, disposición del ánimo que no era de aquel tiempo, lo fué por el mandato imperativo de la raza que latía en su sangre y daba vueltas en su madeja cerebral. Feijoo, como toda mentalidad gallega, cuando vuelve a sí mismo, vuelve a su tierra. Entre la tierra gallega y el gallego de emoción y de conciencia, existe una substanciación inseparable, como

una reciprocidad de existencia. Algo de cordón umbilical que lleva corrientes vitales desde la tierra a nuestro corazón: ¡La tierra gallega que premia siempre con una savia nueva y vigorosa, a los que le son fieles y se dejan dominar por su inefable dulcedumbre o por irta y aspérrime belleza! Los poetas nuevos agradecen el asombro de descubrir este camino de Damasco que los llena de luces y de horizontes. Y es en el momento revelador cuando dice con unción ultraterrena:

Miña terra, miña terra
terra donde m'eu criei,
hortiña que quíxen tanto
figueiriñas que prant^o

(Rosalía)

Y Pondal:

Boandanza saude, Terra
de Breogán...

Y Cabanillas:

Galicía, nai e Señora
sempre garimosa e forte;
Preto, lexos, onte agora,
mañán, na vida e na morte.

El siglo XIX rompiendo el dogal del clasicismo y pulverizando los cánones de la gran sugestión antigua, trajo como consecuencia una mayor libertad en las normas estéticas y una revalorización del

sentimiento, con prelación al pensamiento. Es decir el mismo fondo moral que presentan los poemas de nuestros Cancioneros.

En un lenguaje inflamado entusiasta y persuasivo dieron al aire sus prédicas los ensayistas y estetas de los nuevos credos, que desde todos los lados de Europa preconizaban, como primer postulado para que fuese posible en los pueblos un arte diferenciado y autóctono, primeramente la libertad del individuo y después su vuelta a la naturaleza: no a la naturaleza en un sentido genérico, sino a su naturaleza periférica, vivida, sentida, querida. La remoción que siguió a las doctrinas de Rousseau en filosofía y después a las de Taine en arte, es bien conocida, para que nos detengamos en analizarla. Galicia, como todos los pueblos esclavizados en su vida espiritual sin que la evolución de su alma hubiese llegado a los estadios últimos, se sintió llamada a la lucha. Vicetto escribe su historia de Galicia, un poco fantástica, un poco parcial como convenía para sacudir el marasmo y da a la prensa sus "Hidalgos de Monfortes", una de las primeras y mejores novelas románticas a la que no se ha hecho demasiada justicia. Manuel Murguía, escribe también su monumental Historia, con un sentido más claro, más seriamente renovador y más científico. Brañas da al pueblo su profético manifiesto regionalista, que sirvió de pauta a los catalanes para su movimien-

to. Las energías de la raza se ponen en marcha desde cien sectores distintos. El Romanticismo, exacta guerra de conquista en pro de la liberación estética y de un más amplio horizonte político, salvó a Galicia, cuya sentimentalidad y cuya estructura moral, estaba desde siempre, **precisamente** constituida para recibirlo. Los músicos y sobre todo los poetas, nuncios del devenir, decataronse de su gran heregía secular. Miraron en torno y descubrieron que en cada minúscula parcela de lo que ellos habían creído yermo, había una virgen estrofa muda; había una belleza larvada y oculta que esperaba alas y atmósfera para emprender su viaje policromo avanzando fronteras. Miraron para su alma llena de miserables fórmulas prestadas, y se dieron cuenta de que había vivido en pecado mortal de su negación y en la ausencia más completa de su propio verbo.

De pronto un gran rumor genésico bullió en todas las conciencias. Las vocaciones nuevas y los viejos artifices se sentían alampados por el brillo de una luz nueva que reflejaba de todo. Apenas tenían tiempo para encauzar por los caminos de la forma aquella turbamulta de inspiración desflecada, rumorosa y cálida que los rodeaba con un brillo alucinante. Este gran despertar se aparecía en su conjunto como una nebulosa gestadora de una grande y nítida constelación. Y así fué como esta gran luz centri-

peta y dispersa en el nuevo cielo de Galicia, fué condensándose en tres luminarias de primera magnitud: Pondal, Rosalía, Curros Enríquez; el milagro se había efectuado. El alma de los gallegos repicó con campaneó augural de Pascua Florida. El santo idioma que, desterrado por la estulticia y por el escarnio se había refugiado en los santuarios gloriosos e incontaminables de las casas labriegas, se viste de domingo y baja a las ciudades donde es acogido con amor y con respecto por las gentes que ven de nuevo descubierto el secreto íntimo de su sentimiento, volcado en formas verbales que penetran como flechas, hasta la carne del corazón. Periodismo, discursos, juegos florales, certámenes de coros. Nace el *liew gallego* con Chané, Baldomir, Montes, Tabuyo; Veiga escribe la alborada y el Himno Gallego, con letra de Pondal. Villamil y Avendaño intentan el paisaje. En menos de 15 años, un centenar de poetas, escritores, dramaturgos, etc., dejan obra para llenar antologías. Con Pondal, Rosalía y Curros, la poesía gallega, comienza a llamar la atención del mundo. Eduardo Pondal es la lira de hierro. Es el hombre fantástico y solitario. Su acento paleontológico y formidable, tiene la eternidad de las piedras galayas mojadas de luna. Todo en él se aparece con un halo de perpetuidad y de misterio. Esencialmente es hermano de las rocas y del mar. Los mismos

árboles milenarios que cantó en sus estrofas, parecen plantas de nacimiento debajo de la concavidad sonora de su voz. Su espíritu endereza un ángulo agudo hacia altitudes que no registra nuestro altímetro. Su saudade va tan allá de los subjetivos, que parece tener raíces en lo prehistórico y alcanza la misma cifra de elocuencia que las piedras astrales de los dólmenes. Tiene un no sé qué de sideral y de hipnotizado, este grandioso misántropo que vive frente al mar, en la costa brava, traduciendo el lenguaje esotérico de las olas y recogiendo en su antena vibrátil, la música que filarmonizan los vientos y los pinos.

Rosalía cuyo nombre crispa y endurece en nuestra garganta las palabras inútiles, se pone a cantar con la divina inconsciencia y por los mismos motivos que cantan los pájaros y se abren las flores. Ella, la Santa, era un corazón armonioso lleno de resonancias, que fué repartiendo entre sus hermanos y entre sus penas, en una nueva eucaristía de arte y de bondad. La frente en el polvo y las rodillas abatidas, son poco para hablar de ella, aún en el lenguaje mirífico y suave de la oración. La tierra, el aire, la luz, la alegría, el dolor; todo la llama, todo la solicita y ella va hacia todo, con tardo paso y errante mirada; a todo se acerca y todo lo acaricia con un trémulo franciscanismo sosegado y dulcísimo: los hermanos tojos, los

hermanos pájaros; las hermanas desgracias; los hermanos dolores... Y en este vagar tenue casi flotante por los campos verdes de Padrón, curvada como un interrogante sobre el lenguaje mudo de las cosas, aprendió su poética, por las mismas razones que cantan los pájaros y se abren las flores. Su maestro en disciplinas humanas, fué el dolor. El dolor de su vida y el dolor de su raza. Esto la aleccionó, ésto la enseñó. Y nadie más. El dolor de su carne roída por un mal que nunca per-

dona; el dolor de su alma incomprendida por los que más debieron de amarla; el dolor de sus hijos cuyo cuerpo enfermo se desintegraba en un desvanecerse mortal. Ahí tenéis su enciclopedia. La alta sabiduría del dolor, que transmutábase quien sabe porque fáusticos metabolismos de exquisitez cordial, en la más delicada esencia del arte. Santa erudición del padecer, larga carrera del martirio que ni la dejaba delimitar cuando eran en su vida la alegría y las lágrimas:

Unha vez tiven un cravo,
cravado no corazón.
I-eu non m'acordo si era aquel cravo
d'ouro, de ferro, ou d'amor.

Evoquémosla con los versos de lumbre del alto poeta que vió su sombra errante, en la orilla del mar, como una loca, bajo el pas-

mo de la noche. Una estrella ardía en su frente y en su sonrisa agromaban los cantares:

Do mar pol-a orela
mireina pasar
na frente unha estrela
no bico un cantar.
Marchaba tan sola na noite sin fin
que inda recéi pol-a probe da tola
eu que non teño quen rece por min.
A probe da tola que vin pasar eu
comesta dos lobos, comesta morréu.
O restos son d'ela que vades gardar.
¡Ay, dos que levan na frente unha estrela!
¡Ay dos que levan no bico un cantar!

(Curros)

Cuando esto escribió el poeta, ya Rosalía se había ido una tarde de Julio, por una estrada de topa-

cios hacia el más allá. Se fué por las mismas razones que el pájaro cesa su canto, por iguales motivos

que se mustian las flores. Puede que aún allá, sienta saudades de su tierra.

Manuel Curroz Enriquez hombre de firme intelecto, un poco esclavo de las ideas políticas de su tiempo; polemista de buida pluma, periodista cotizado, comenzó a escribir versos gallegos cediendo al imperativo saudoso, allá en una tarde gris madrileña. Su primera comunión con las le-

tras patrias, fué la célebre cántiga:

Unha noite na eira do trigo
o refrexo d'un branco luar.

Anteriormente, como buena parte de los poetas gallegos, había escrito en castellano cosas destañadas y sin importancia.

Su universalismo, su progresismo, su liberalismo y otras vagueidades, le mantuvieron siempre un poco alejado de su exacta misión como poeta civil de Galicia a la que, no obstante, amó con entrañable cariño filial. Comenzó a escribir con cierto escepticismo en la eficacia del idioma:

Escribir nada mais pra unha provincia
ou como os pobos árcades fixeron
escribir sobre a codia d'un cortizo,
casique todo ben a ser o mesmo.

En Curros, como en Berceo, el humilde vaso de bon vino esperado, se convirtió en la inesperada gloria.

La lírica gallega, debe a Curros un matiz de rebeldía que hizo escuela, a partir de él, salvo el antecedente de Francisco Añón que fuera desterrado por sus escritos rebeldes. Conviene señalar imparcialmente, que esta rebeldía fulminante y condenatoria en las letras gallegas, no está dentro de nuestro temperamento, que prefiere otras formas de acción y de discusión. Ella obedece a causas ideológicas y económicas pasajeras: la tragedia del agro en Lamas Carvajal, y en Curros; el drama centralista en Lugo, Cabanillas y Taibo. En Curros es

principalmente un asunto de republiquerías y papados: como se vé asuntos de los que hoy no vale la pena ocuparse y menos concederle transcendencia lírica. Son cosas cuya solución es cosa de tiempo y de nuevas orientaciones cívicas. Pero Curros, verdadero franco tirador de las más ágiles avanzadas de su tiempo, empezó tundiendo a trallazo limpio los lomos de cacicuelos y tiranos. Le dijo cosas a Rey y Roque; ametralla al papa con sonetos explosivos y puso a Ignacio de Loyola como no digan dueñas. Finalmente metió en el tren de los Siete Pecados Capitales a beatas falsas, curas en olor de simonismo, y apestando a bestialidad; marimandiles, logreruelos y farsantes y

los mandó al infierno que para el caso era el Vaticano.

Esto ocurre en "O Divino Sainete" que puede en justicia, calificarse como una de las obras próceres entre la literatura ironista del mundo. Como es natural, fué perseguido y excomulgado. Emigró, como otros muchos, para no vivir en el celestinaje político.

Luchó y murió en la Habana. Galicia reclamó sus restos que llegaron tras una fantástica procesión sobre el mar, bajo los astros que describían altos arcos de triunfo. Hoy debe estar sentado a la diestra de Dios padre, por honrado, por genial, por justo.

Y llegamos a los preludios de nuestro tiempo. Se intenta la literatura gallega en castellano. Valle Inclán, Canitrot, Xavier Valcarce, Rey Soto y Doña Emilia Pardo Bazán, entre otros. Y en la dramaturgia D. Manuel Linares Rivas. Pero todos ellos, salvo casos aislados, ven a Galicia un poco en turistas. Por un lado la literatura Kodak, por el otro fantasmoneadas de leprosos, mendigos, infanzones, enmeigados y que se yo. La generación de la pre-guerra reacciona contra esta falsa perspectiva. Aparece en Orense una revista neosófica, llamada "La Centuria" que dirige Vicente Risco. Todavía está escrita, en castellano. Allí, antes que en ninguna otra publicación de la Península, aparecen analizados y algunos traducidos del idioma original

los modernos escritores. europeos Meredith, Chesterton, Wells, Shaw; la María Krisinska, Selma Lagonlef; Verlaine, Mallarmé, Rimbaud, Gustave Kanh, y los más destacados valores del simbolismo francés. Risco fué quien descubrió a Tagore en unas sonadas conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, leyendo al mismo tiempo traducciones del poeta bengalí. Escribe después "Las Tinieblas de Occidente" que se leen en cenáculos y que de haberse publicado, hubiesen atraído sobre sí buena parte de la gloria y la atención que gravitan hoy sobre Spengler, calificado como la cima más alta de la mentalidad alemana. En la Coruña se lucha en el aspecto civil y pedagógico. Se fundan las escuelas de las Irmandades da Fala y se publica "A Nosa Terra" donde tantos poetas jóvenes se dieron a conocer. Saltemos por cien datos que sería de justicia consignar y llegamos a nuestro tiempo.

Con gran pesar de mi corazón y con el consiguiente alivio del vuestro, debo dar aquí un discreto corte a mi conferencia. No se puede pasar en volandas sobre el magno espectáculo del renacimiento actual de Galicia. Nos falta analizar la teoría del atlantismo de Risco, de la cual sin duda alguna, podríamos extraer la fórmula más científica y más natural de hispanoamericanismo de cuantas se han propiciado hasta la fecha. Tendríamos que referirnos a como el paisaje fué crea-

do para el arte por los escritores, pintores y poetas, y como el paisaje fué ascendiendo desde simple moción episódica, desde su rol de telón de fondo, hasta convertirse en una entidad pura y aislada de arte; como el lenguaje se desvincula de su raigambre rural y va ascendiendo hasta hacerse apto para expresar las más audaces las más integrales metáforas, y hasta convertir la palabra desde su significado primariamente expresivo de las ornamental, la palabra autónoma, ideas, hasta la palabra de valor post-simbolista, como en el poeta Amado Carballo; tendríamos asimismo que hablar de como apareció un aspecto gallego que interpreta con novedad la filosofía de la historia occidental; como se bifurca la poesía hacia lo arcaico por un lado y hacia lo más nuevo por otro, y explicar como se desenvuelve en la práctica y cuales son las posibilidades futuras de este resurgir. Solamente entre los poetas tendríamos que referirnos de manera imprescindible a Euxenio Montes, Bouza Brey, Amado Carballo, de la Cueva; Taibo, López Abente, Noriega Varela y Cabanillas, que ya regresa de su época rebelde y escribe unas maravillosas "sagas" basadas en leyendas armóricas que han tenido legendaria atinencia con lo legendario de nuestro país. Entre los ensayistas no podríamos menos que citar a Florentino Cuevillas, a pesar de su juventud, padre de los estudios

prehistóricos gallegos, al mentado Risco, que escribió la Teoría do Nazionalismo Galego, libro que adquirió categoría le clásico; a Xesus Bal, que demuestra la posibilidad de un ballet gallego, a los hermanos Villar Ponte, a Quintanilla, a Otero Pedrayo autor de una Guía de Galicia, editada por Espasa Calpe, de más de 300 páginas cuya lectura os recomiendo; entre los humoristas al gran Castelao, a Dieste, Filgueira Valverde, y no podríamos silenciar a dibujantes y grabadores de tanto mérito como Cebreiro, Xaime Prada, Fernández Masas, Maside, Castro Gil, Prieto, etc.

A todo esto tendríamos que añadir algunos datos sobre cuatro notables escultores: Asorey, Bonome, Vázquez Díaz y Souto Campos. Tendríamos, asimismo, que establecer la importancia que ha tenido en esta renovación la obra de un uruguayo de gran talento, Julio J. Casal, que publicó en La Coruña una de las revistas de más definitiva vanguardia titulada "Alfar" que ahora aparecerá en Montevideo. De los pintores ni siquiera me quedaría tiempo para nombrarlos. Baste el siguiente dato: solamente en la última exposición celebrada en Villagarcía, pequeña villa marinera sin más méritos que su soberana belleza y el haber nacido allí Bouza Brey y Rial Seijo, figuraban representados 43 pintores. Y conste que hubo un jurado admisor. Además de todo ésto debiéramos hablar del espíritu de modestia y de

perseverancia que alienta, a esta generación de titanes. Tiempo y ocasión habrá para ello, y ocasión me daréis, ya que no creo haberme portado demasiado mal esta noche.

Si vuestra atención no queda para siempre anulada en este ovillo de prosa un poco amazocotada y un poco trazada a la buena de Dios — prosa de vacaciones — y escrita a tirones sin documentación a mano con datos de memoria y sin meditados trucos oratorios; si vuestra benevolencia es tanta que alcance para escucharme otra vez tendré mucho gusto en deciros la segunda parte, que por esta vez, y vaya como escepción, será sin duda la mejor.

Por último os diré que este movimiento de reivindicación, o mejor dicho de reconstrucción gallega, interesa a España y es mirado por los espíritus ágiles, con suma simpatía. Pero aún cuando así no fuese, nuestra voluntad incontenible, llegaría sin vacilar hasta todas las muertes, menos a la de nuestro espíritu y a la de nuestra obra. No son palabras mías, son palabras de todos. Y todos somos todos. España como el mundo no puede ir "hacia la unidad sino hacia la armonía", que una forma de unidad transcendente y superior. Nadie tiene derecho a pri-

varnos de lo que es nuestro. Nuestro desde Dios: el pensamiento y la tierra. No militamos en ningún rencor, y queremos que la mejor manera de destruir la falsedad de lo malo es construyendo la realidad de lo bueno. Que nos dejen construir. Lo demás vendrá de suyo. Una vez Rosalía irguió sus puños ante la crueldad del escarnio, que tenía que ser mucho para que hallase eco en sus versos y dijo:

Probe Galicia, non debes
chamarte nunca española.

Nosotros queremos y creemos que sí. Y creemos que España será grande cuando sus pueblos vuelvan a serlo. Pero creemos y queremos también, que Galicia no vuelva jamás a ser el país zafio, triste y calumniado; que Galicia cobre más importancia que una simple denominación económica de la geografía política. Galicia tiene el derecho pleno de no ahogar dentro de sí su personalidad diferenciada y creadora. Vamos hacia la grande Iberia: más grande que cuanto sueñan esos acaparadores del "patriotismo" que nos llaman renegados y separantistas. Delante de nosotros arde, como en la zarza bíblica, una fé que no se detendrá ante nada.

Contai co-a miña vida", — dice Taibo
O que non podía mais, que dea a vida.

Afirma Noriega, como hace años
decía Murguía: "E teñan en .con-

ta que canto mais sofridos fomos
mais dereito temos a non seguir

sofrindo; que tanto como fixemos
o que lles pareceu, tanto mais
direito temos a facer o que nos
praz: que tanto en fin habedés

gritado, que xa e hora de que a
nosa voz ruba por enriba da vosa”
y como dice ahora mismo un
poeta:

Poderan as cadeas agrilloar os peitos
en col dos rexoos corpos, gravitarán os ferros.
Pero as outas idéas, os sagros pensamentos,
ninguén pode coutalos, ningunha pode cinguilos,
nin Deus mesmo...

EDUARDO BLANCO AMOR.



Conferencia del Sr. R. Suárez Picallo



INTERPRETACION EMOCIONAL DEL PAISAJE GALLEGO—

Excmo Señor Ministro de España; Señor Presidente del Centro Gallego; Señoras y Señores:

Eduardo Blanco Amor, mi entrañable camarada, hermano predilecto de mi espíritu, acaba de mostraros la Galicia del Arte y de la Ciencia. Guiados por su espíritu de poeta, llevando por antorcha su agudo sentido crítico, habéis recorrido un sendero de siglos, al través del cual, floreció prodigiosa la espiritualidad gallega, desde los tiempos gloriosos en que la augusta ciudad de Compostela era el hacho de luz que

alumbraba el mundo Ibérico, hasta nuestros días, en que esa misma Galicia resurge de un sueño cuatricentenario, en una amanecida augural de días de gloria para sus artes y sus ciencias.

Por mi parte, quiero llevaros, también en excursión, por la misma tierra para mostraros la Galicia que se ve y se palpa. La Galicia que entró por los ojos en nuestro corazón y en nuestro espíritu, y cuya visión saudosa es nuestra inseparable compañera por todos los caminos del mundo. Más que un Cicerone comentarista de lo que se va contemplando, lleváis un guía que se limitará, la mayoría de las veces, a deciros:

¡Mirad! Y ocasión habrá en que la palabra, por la incapacidad de quien intenta pronunciarla, y por la grandeza del objeto que quiere expresar, quedará en los labios, prendida en un estremecimiento de emoción. Las proyecciones luminosas hablarán más y mejor que yo al espíritu de los gallegos aquí presentes, y darán a los no gallegos, que nos honran con su presencia, una sensación más completa de los varios aspectos de nuestro paisaje. Y la voz milagrosa de nuestros poetas pondrá en el ambiente su nota musical y de ternura, ya que a ellos, y solo a ellos, les es dado penetrar en el sacro recinto donde Galicia guarda el milagro de su belleza y el tesoro de su emoción.

UNA NUEVA INTERPRETACION DEL PAISAJE—

La generación de los Precursores, halló a Galicia postrada, perdidos los bienes que otrora la hicieron grande y feliz. Sus campos desolados, tristes, roturados por el esfuerzo de las mujeres y los ancianos; mientras sus puertos eran verdaderas sangrías de su vitalidad, por donde huía su juventud para tierras extrañas; la mayoría de sus hombres de valer habían abandonado su suelo bendito, en busca de la consagración, fuera de los linderos de la tierra nativa; el dulce idioma materno había sido desterrado de las ciudades y las villas cultas, refugiándose en la aldea monta-

ñesa. Sobre el suelo calcinado de Castilla, volaba, tristísima, la canción gallega, envuelta en un hábito de angustia suprema. La Habana, Nueva York, México, Buenos Aires, Montevideo y otras ciudades americanas, abrían sus puertas a las gentes gallegas, y sus pampas, ávidas de ser fecundadas, recogían el sudor gallego, casi siempre mezclado con lágrimas de añoranza; en esas tierras, así como en las no gallegas de la península, incluso en Portugal, tropezaba el pobre desterrado con la leyenda funesta de su inferioridad. Y con su extraordinario don de asimilación y adaptación, cometía, claro que inconscientemente, el terrible delito de renunciar a su personalidad social, ocultando cuidadosamente a los extraños, el acento y las costumbres que denunciaban su origen. Tal el panorama que ofrecía nuestro país a los ojos y al espíritu generoso de los Precursores. De ahí que contaran y describieran una Galicia triste y llorosa, llevando esta tristeza hasta el paisaje. Y de ahí que nuestro país, sea, para quienes lo conocen a través de ellos tan solo, un país triste. Y hayan confundido con lagunas la excitante pedrería de sus mañanas rociadas; y el cantar de sus regachos, con afligidos lloros; y la oración panteísta de sus crepúsculos, cuando las campanadas del Angelus recordando a los muertos, hace una afirmación soberana de vida perdurable, en triste rito de muerte; y en una leyenda de

espanto arrepiante, la bella leyenda de la Santa Compañía, símbolo de que los muertos, siguen viviendo más allá de la tumba, preocupados y familiarizados con los que aún no llegan al Tránsito, que afrontan nuestras gentes con singular serenidad.

La presente generación gallega tiene de Galicia y de su paisaje una nueva interpretación consecuencia de una visión nueva, respetando con el máximo del respeto y de la veneración a los Precursores, a quienes inspiró el medio ambiente, presenta a los ojos del mundo una Galicia nueva, pletórica de vitalidad. Arremete bravamente con la leyenda de una Galicia triste, de un paisaje llorón, presentando una Galicia llena de serena y suave alegría; esa alegría que da la confianza en el propio esfuerzo; la alegría que emana de las sementeras en sazón; la alegría sin ruidos estridentes, donde vive una raza reflexiva, con los ojos extendidos sobre el mar atlántico, oteando el infinito en busca de mundos desconocidos, presentidos por su genio, cantados por sus bardos proféticos.

Y es que la Galicia de hoy es otra. Las artes y las ciencias florecen en sus ciudades. De nuestra ciudad, a la vez docta y santa, vuelven a salir los sabios para ganar oposiciones sin contrincantes. Sus artistas, hechos y consagrados en Galicia, van a otras tierras a conquistar primeros premios. El eco de sus poetas resuena en los pueblos más cultos, tradu-

cidos a distintas lenguas. En su idioma vernáculo hablan y escriben además de los poetas, los filósofos, los catedráticos, los arqueólogos, los ensayistas. A través de sus campos, un enjambre de técnicos, estudia las posibilidades de un doble rendimiento de sus tierras. Las usinas eléctricas, aprovechando la fuerza de sus saltos de agua, rompen el silencio solemne de sus noches. A lo largo de su Litoral, cientos de fábricas preparando nuestros productos pesqueros entonan su cántico de hartura y de progreso, haciéndole competencia al mar que entona su sinfonía de Eternidad.

Sobre la tierra de Galicia cruzan alientos de fé y de esperanza. La canción plañidera de antaño fué suplantada por las recias estrofas del bardo inmortal:

Os tempos son chegados
dos bardos das edades
e-as vosas vaguedades
comprido fin terán.

(Pondal)

LOS TRES PAISAJES FUNDAMENTALES DE GALICIA: MONTAÑA, VALLE, MARINA—

El enunciado de "Interpretación emocional del paisaje gallego", me excusa de entrar en disquisiciones de carácter académico o intelectual acerca de nuestro paisaje. Me parece mejor camino para llegar a nuestro espíritu, el de la emoción simpática que el de la árida erudición. Podría recurrir

a bellísimos trozos de Otero Pe-
drayo, el sabio catedrático oren-
sano, en quien nuestro paisaje
geográfico tiene su más acabado
intérprete; a Villar Ponte, el gran
publicista y dramaturgo gallego;
a Julio Sigüenza, el delicadísimo
poeta que vosotros conocéis; a
Blanco Amor, de cuyos labios he-
mos escuchado, alelados, una de
las más bellas piezas que se hayan
pronunciado acerca del "Paisaje y
la Canción Popular", ya que todos
ellos trataron, con gran acierto,
el inagotable tema de nuestro
paisaje, fuente eterna de bellezas
y de emociones. Preferimos verlo
"así, a la buena de Dios — como
decía Blanco Amor — con limpia
mirada de santo analfabeto". Con-
viene, no obstante, clasificarlo li-
geramente, señalando tres carac-
terísticas fundamentales en que
se divide: Montaña, Valle y Ori-
lla-mar:

La montaña gallega, difiere fun-
damentalmente, de todos sus pai-
sajes similares. No tiene la se-
quedad, la adustez, de Suiza, ni su
convencionalismo; ni la aridez de
los Apeninos; ni la soberbia de
los Alpes. Ninguno de esos paisa-
jes, que hemos conocido reciente-
mente, nos hizo recordar las mon-
tañas de Galicia. Son las nues-
tras, suaves, onduladas, como si
un artista misterioso y genial,
hubiéralas moldeado, a pesar de
su dureza granítica. Están cubier-
tas de tojales, de retamas y de
uces y de trecho en trecho por
algun que otro pinar, que aseme-
ja una reunión de románticos hi-

dalgos, celebrando juntanza cor-
dial. No existe allí la soledad, por
que la montaña gallega, canta o
reza. Después que las campanas
de sus Ermitas echaron a rodar
por el espacio sus místicos ecos,
los pinos, viejos ermitaños, co-
mienzan su oración que se pro-
longa hasta el alba. Y empieza
entonces la canción. El regacho
indeciso, el carro del país, el can-
tar del arriero, el alalá del pas-
tor, el lejano rumor del mar, com-
ponen el instrumental de la sín-
fonía magnífica. Es entonces, la
montaña, la reina de nuestro
paisaje, tal como la presenta su
máximo poeta, recibiendo la plei-
tesia del mar y del sol:

"O sol — o mar a montaña
moito lle deben querer
corónalle o sol a fronte,
e bicalle o mar os pés".

(Noriega Varela)

En cuanto al valle, no se nos
ocurre otra cosa, al mencionarlo,
que llamarle el milagro del colo-
rido. Si los pintores están cons-
tantemente vigilándolo para cap-
tar la maravilla de su policromía
y solo lo logran en parte, cuanto
más difícil no será a la palabra
— máxime cuando ella, como en
este caso es harto pobre — dar
de él una impresión por muy li-
gera que sea.

Un fenómeno de carácter so-
cial, determina, aparte de las ca-
racterísticas topográficas, la ri-
queza de colorido de nuestros va-
lles: La subdivisión de la tierra

en pequeñas parcelas, dedicadas a los más variados cultivos; desde los pomposos viñedos hasta el delicado azafrán; desde el lino verde mar, hasta el trigo de dorada miés, que movido por la brisa, da la impresión de una ría de olas de oro; desde los humildes mimbrales hasta los patriarcales castaños que brindan a las rapazas el oro de sus flores — las perfumadas "candeas" — para que hagan coronas con que adornarse y dancen luego, alrededor de su tronco, como en una leyenda de Ninfas; desde la buena yerba castellana al trebol verdoroso y agorero. Mosaico multicolor sus laderas, su hondonada cubierta de casas del labranza, blancas y limpias como el alma de sus moradores. Un río claro, a manera de serpiente de plata, ofrece la frescura de sus aguas a las criaturas. Allá abajo, oculto entre abedules, el viejo molino de "rodicio", enseña a los mozos el ritmo eterno de nuestra danza milenaria, la "muiñeira". Más adelante, sobre una mimosa montaña azul, un crucero, destaca su ternura inmortal, como una bendición petrificada en los siglos.

Fáltanos, ahora, por recordar, en esta ligera clasificación de nuestros tres paisajes fundamentales, el de la costa. En él hicieron nuestros ojos su aprendizaje de infinito. Su música arrulló nuestros primeros sueños de aventura. Escuchándola, aprendimos la dura, pero útil, lección de ganar el pan con el esfuerzo de nues-

tros brazos y el sudor de nuestra frente, cumpliendo el precepto bíblico. Venga pues, a nuestros ojos la lejana visión de la infancia, y el recuerdo emocionado de los antepasados que hallaron en el mar de Galicia eterna sepultura, y, misión y recuerdo, sean nuestros guías al hablar del paisaje para nosotros más amado.

Dos aspectos, esencialmente distintos, ofrece el paisaje de la Costa Gallega: El de la Costa Brava y de Costa Mansa o de ría. Los dos son quizá únicos. Todos los marinos del mundo llaman a nuestra costa brava, la "Costa de la Muerte". Los cantiles de Currubedo y La Marola, son capaces, por sí solos, de dar a nuestros ojos y a nuestro espíritu la expresión más acabada de la "Ira de Dios", así como de su grandeza, cuando la temible Nordesia, expone las olas gigantescas y las lleva a estrellarse, convertidas en gigantescas montañas de espuma, contra el roquedo inmovible, envolviendo su ronco bramido, en un hálito de espanto, la aldea pescadora, recordando las primorosas "dormas" que salieron a la dura conquista del pan, con ese terror con que se recordaría a una débil doncella, cabalgando sobre un monstruoso caballo desbocado, saltando montañas al borde de terribles precipicios.

Solo las playas introducidas en la costa en forma de semicírculo, las casas generalmente blancas y la iglesia parroquial, ponen en la aspereza de este paisaje una nota

de ternura suave. Las villas, que las hay y hermosas, en la Costa Brava viven en el remanso de la ría, abrigadas al amparo de los roquedos. Viven en este ambiente nuestros rudos hombres de mar, heroicos y francos, acostumbrados a tratar con la muerte cara a cara y vencerla en desigual batalla. Nada tienen de común con las otras gentes de Galicia. Solidarios entre sí, cultores de esa solidaridad nacida en el peligro, fundamento de las primeras agrupaciones humanas, juegan su vida olímpicamente en defensa de la del hermano en peligro sin la menor vacilación. Cuando el temporal sorprendió la embarcación amiga y las campanas tocan a rebato y suena, pidiendo auxilio, la bocina marinera frente al bajío temible, sea cual fuera la hora del día o de la noche, la aldea vuelca sus gentes en la ribera. Si hay hombres y embarcaciones ni una queda fondeada. Salen todas, oyéndose en medio del huracán, el ritmo violento de los remos y de los toletes, como un eco de vida en los linderos de la muerte. Si no hay hombres, salen las mujeres, tan valientes y arriesgadas como ellos — ¡sublímes heroínas de sálvora! — Y en vez de la oración que espera el auxilio de las fuerzas extra-humanas, dicen la brava y heroica oración del propio esfuerzo:

“Rema barqueiriño, rema,
Pol’a pena da Marola;
Rema barqueiriño, rema,

Bótame d’este mar fora”.

(Canción popular marinera)

El paisaje de ría, de costa mansa, es en cambio suave, mimoso y femenino. ¿Quien no oyó hablar, o no ha leído, o visto en fotografías, cosas primorosas de nuestras rías de ensueño? Cuando en ocasión reciente, nuestros ojos asombrados, contemplaron desde el histórico lugar de Puentesampayo las cinco rías de Pontevedra y no pudimos contener una exclamación ni ocultar una lágrima de emoción, un sacerdote gallego que estaba a nuestro lado, las definió bellamente:

“Le es cosa de Dios. Por eso son tan bonitas. El señor quiso un día acariciar a Galicia, poniéndole encima su mano creadora. Y como eterno recuerdo de la caricia, por cada dedo nació una ría”.

Quien, desde lo alto de la Marola o de la milenaria Torre de Hércules, contemple el espectáculo de las rías del Burgo y de Sada, bordeando la península de las Mariñas sacará la siguiente impresión: Así como Carlo Magno, cuando se halló ante el milagro del Pórtico de la Gloria, solo atinó a caer de rodillas, así el mar, bravo guerrero también, deseoso de entrar en el Templo de Galicia, amainó sus furias, se arrodilló, y así penetró, en actitud penitente, rezando una oración.

LAS CIUDADES—

Y ahora, antes de terminar esta

liger a clasificación, dos palabras sobre nuestras ciudades, porque en Galicia no todo es rural o pescador. Hay también magníficas ciudades, aunque, afortunadamente, solo las necesarias para que cada una cumpla una misión ya sea política, social, cultural, espiritual o histórica. Veamos las principales: La Coruña, Capital de Galicia, cordial, acogedora, alegre y culta, en cuyos jardines ostenta con justo orgullo Bibliotecas Infantiles, abiertas de par en par donde los niños, mientras dan de comer a los cisnes, leen alborzados en rueda de amigos, los cuentos de D'Amicis y las maravillas de Julio Verne. La Coruña que, con el mismo interés con que otra defendiera las libertades ciudadanas, hasta merecer los títulos de Segundo Alcázar del patriotismo, baluarte de la libertad, llave y guarda de España, nombra hoy una comisión popular para solicitar del Ayuntamiento construya un Asilo donde puedan recogerse las buenas y cándidas "hermanas palomas" de la ciudad. Representa la hidalguía y la espiritualidad gallega.

Santiago de Compostela, la ciudad a la vez docta y Santa, cuyas piedras milenarias son capítulos superpuestos de nuestra historia pasada. La ciudad que recogió en su seno los peregrinajes medievales, guiados por el camino de estrellas que dejó en el firmamento el alma del Apóstol, cuando retornó a las tierras jocundas donde predicara la Buena Nueva

del "Amaos los unos a los otros". La ciudad del misterio y del romanticismo, donde descansan los cuerpos benditos de Gelmírez, de Lago González y de Santa Rosalía. La ciudad donde la buena y generosa mocedad gallega, al conjuro del recuerdo de tiempos mejores, de tiempos venturosos, a la sombra de la Universidad gloriosa prepara el porvenir cultural y científico de su raza. Compostela, nuestra Lión, cuyas torres y cuyos monumentos son a la vez "oración, protesta y afirmación, levantada hasta Dios por los canteros gallegos".

Vigo, el magnífico emporio industrial de Galicia, donde el Trabajo fecundo y creador entona día y noche su canción de progreso; y cuyo Berbés tiene algo de Nueva York y algo de Constantinopla. Vigo, antesala de Europa y América, dinámica y harturienta, debrozada sobre la ría más hermosa del mundo. Hay quien dice que allí poco se oye la saudosa canción nativa pero, en cambio, se escucha otra canción: La que entonan sus obreros el 1.º de Mayo plena de augurios de un mundo mejor, donde reine la fraternidad y la justicia social.

Betanzos y Lugo, Tuy y Orense, reliquias perennes del viejo mundo romano, con sus arcadas y murallas, sus puentes y sus acueductos, donde nacieron nuestros municipios. Pontevedra y Monforte, donde florecieron romances caballerescos y costumbres tradicionales, durante todo el Medio Evo.

Tales nuestras ciudades. Todas ellas acosadas por el paisaje aldeano que intenta quitarles la dureza de su urbanismo, acosándolas por los cuatro costados con la frescura rural. Y así, en medio de su gente aseñoritada, vése mezclada la gente aldeana, pregonando, con tono y en lengua gallega, los productos del agro.

EL ARTE EN EL PAISAJE—

Y volvamos otra vez al paisaje para hablar de las maravillas artísticas y arqueológicas con que la mano del hombre contribuyó a embellecerlo. Las iglesias y los monasterios, que fueron a la vez, recintos de la fé y de la sabiduría, ofrecen al observador curioso y docto magníficos tesoros. Las hay de todos los estilos y de todas las épocas. En tales lugares alternan cordialmente el exvoto del emigrado que logró retornar con bien y la maravilla del arte.

Los castillos, que aún se sienten algo forasteros, como forastero fué su origen. Nacieron para la guerra y la guerra, afortunadamente, fué siempre hecha por necesidad imperiosa, nunca por voluntad de las gentes. Algunos de ellos como el de Andrade, el de Lemos, el de Monterrey y otros, guardan en su recinto recuerdos heroicos y leyendas donde la bravura y la hidalguía van cogidas de la mano. Donde el paisaje, con sus paredes y sus almenas desnudas dan la impresión de esqueletos de gigantes.

Los pazos, en cambio, son hijos legítimos de la tierra gallega. Hablan de nobles abolengos que ejercían su señorío sin violencia. Más que de señores adustos, fueron cuna de simpáticos patriarcas. En su rededor sembró a presas llenas la mano labriega, y las huertas verdes y lozanas nunca fueron pisoteadas por caballos de guerra. Crecieron en cambio los robles y los castaños, los verdes laureles, los cerezos y los manzanos, que, en todos los tiempos, ofrecieron al caminante pobre o rico, la frescura perfumada de los frutos maduros.

El pazo gallego estuvo siempre abierto al dolor y a la miseria; nunca el mendigo halló sus puertas cerradas y jamás se apropió del sudor labriego. En las noches largas de la invernía, las buenas gentes que vivían al amparo de su señorío, acompañaron a la matrona en el rezo del santo rosario y compartieron, luego, en la mesa patriarcal, pan y manteles. Hogar solariego de la raza, entre los ubérrimos frutales y los parrales jocundos, son en el paisaje gallego, templos levantados a los viejos dioses lares, comprensivos y buenos, abuelos de luengas y altas barbas, contadores de añejos consejos de trasgos y estadeas, de reinas moras y encantadas y arriesgados galanes. Al pasar frente a sus amplias solanas, el viandante lleva la mano a la cabeza, en ademán de descubrirse, porque tiene la figuración de ver en ella una vieja matrona hilando

en una rueca y llega a su oído la voz misteriosa que responde al saludo con aquel "Dios le gufe", sacramental de los viejos tiempos ídos.

Quedan ahora los cruceros. Los viejos cruceros que levantó la piedad popular por la mano de los canteros. En las encrucijadas, a la vera de todos los caminos, recogieron la oración de cientos de generaciones. La del emigrante que en el lindero de la aldea el día de la despedida hincó ante él su rodilla y besó conmovido sus canterías milenarias; de la moza que aguarda al bien amado ausente en tierras lejanas; de las esposas de los emigrantes, viudas de vivos; del labrador que lleva a la feria sus ganados; del peregrino que va pidiendo casa cubierta donde pasar la noche. Testigo impasible de mil acompañamientos de bautizos, de bodas y de entierros; de viejos ritos célticos cuando las madres y las madrinas dan en su rededor las nueve vueltas para esconjurarse del niño el aire cativo. Santuarios de la fé popular erguidos sobre el verdor de los campos, bajo el manto estrellado de mil noches, son las piedras fundamentales de nuestra escultura vernácula perdidas a lo largo de todas las tierras de Galicia, a la orilla de todos los caminos, en lo alto de las montañas, al borde de los ríos, sobre los cantiles de la costa brava y en medio de los pinares ruinosos.

La Pátina del tiempo puso en ellos su sello de eternidad. La oración del pueblo los santificó. Y la tierra fecunda da en su rededor la vegetación más exuberante. El viejo pétruco, descreído y críticón, que mientras en el ofertorio de la misa parroquial, el abad explica el Evangelio del día, él en el atrio palica sobre la sementera y habla mal del Ayuntamiento, al pasar frente al crucero aldeano, desnudo de toda pompa, rústico y sincero, se descubre reverente y lleva a la frente sus dedos endurecidos por el trabajo, para rubricar con ellos la señal de la Cruz.

Cree más en aquel cristo toscó, con cara de labriego angustiado por los foros y los diezmos, que en los cristos de filigrana, donde hizo primores la fortuna. Y para él, aquella Nuestra Señora de las angustias, más semejante a una madre gallega, que a una virgen de biscuit, llega a su alma y a su corazón porque se parece a la propia madre. Porque los canteros que la esculpieron pusieron en ella la emoción cordial de buenos hijos, tomando a las propias madres por modelos, tan santas y tan puras como las imágenes que se adoran en los altares. Para aquellos artistas populares — dice el inmenso Castelao — refiriéndose al cristo muerto que tiene en los brazos, Jesucristo siempre es el niño, porque es el hijo, y los hijos siempre somos niños en el regazo de nuestras madres.

EL PAISAJE Y EL ESTADO DE ANIMO—

“Todo paisaje es un estado de alma”—dijo Amiel. Efectivamente, el paisaje ofrece las más diversas emociones, según el estado de ánimo de quien lo contempla. A los ojos del labrador que regó de sudor todos los surcos del agro, el paisaje es una promesa de haritura. Los trigales en flor, prometen el granero repleto y la artesa llena de panes. Los parrales doblados con el peso del racimo representan el puñado de monedas que vendrán muy bien para que la compañera —insigne economista y gobernadora— aparte de las puertas a ingratos visitantes. Desde los tojos hasta la hoja de los castaños, todo tiene aplicación práctica, todo servirá para matar una necesidad. Es el paisaje pan, vino, carne, calor para la invernia.

Para el artista que busca en su colorido y en su música fuente de inspiración para su arte. Y lo observa con mirada avizorante en procura de la secreta belleza. Luz, color, sonido. Arte, en una palabra.

Hay otro aspecto en el paisaje gallego. Es el aspecto místico. Este, le es dado apreciarlo en mayor grado, al que retorna a su seno después de una larga ausencia. Cuando nuestros ojos se han secado con la contemplación de los áridos y polvorientos caminos del mundo, logran divisar el primer pedazo del paisaje nativo,

siente nuestro espíritu una emoción única. No hay palabras para describirla. E instantes después, cuando ya pisamos tierra firme y emprendemos el viaje rumbo al hogar, por el viejo sendero, poblado de recuerdos, solo un pensamiento se apodera de nosotros: morir allí, identificados con la Tierra Madre, como el místico anhela la muerte para fundirse en espíritu con el ser amado.

Es entonces el paisaje y todas las cosas que en él viven, caricia y oración. Oración sin palabras. Oración inexpressada e inexpressable. Todo ofrece insospechadas bellezas, infinitas ternuras. No son ásperos los guijarros duros y crueles otrora; todas las plantas brindan su flor y su sombra como una ofrenda. Los zarzales acariciados por la brisa, presentan nuevo colorido. Hasta los tojales bravos y espinosos, que se encarnizaron con nuestras carnes, nos parecen bellos y amorosos, preferidas sus flores de oro viejo, a las rosas pomposas y a los claveles encendidos...

Nin rosiñas brancas, nin craveles

[roxos

Eu venero as froliñas dos toxos;
dos toxales as tenues froliñas

que sonríen, a medo, entre espiñas,
entre espiñas que o ceo agasalla
con diamantel-as noites que or-

[balla.

¡Ou do ermo preciado tesouro
As froliñas dos toxos son d'ouro!
¡D'ouro vello, son mai, as froliñas.

dos bravos toxales, das devociós
[miñas!

(Noriega Varela).

Y es ello porque al retornar al paisaje nativo, volvemos a encontrarnos a nosotros mismos, que somos, antes que nada, hijos del paisaje que modeló nuestro espíritu, a su imagen y semejanza.

EL PAISAJE Y LAS HORAS, VIVIENDO CON SUS CRIATURAS—

Y del mismo modo que el paisaje ofrece distintas perspectivas y sensaciones según el estado de ánimo con que se le contemple, así varía según las horas del día o de la noche, por el ritmo de vida que en él ponen sus criaturas, aparte de las distintas tonalidades de la luz que lo alumbra.

Por la amanecida es una sonrisa suave y musical. Un amplio desperezo de todas las cosas, antes de la iniciación del Santo Oficio del Trabajo en el Templo de la Tierra. Una canción polifónica que inician los pájaros y acompaña el labriego animando a las bestias humildes y el carro hendiendo el aire con sus chirridos isócronos. De las entrañas de la tierra fecunda se levanta un vaho de suave fragancia, mezclado con ligeros flecos de bruma, de "nebueiro". Las duelas con que el rocío coronó las hierbas todas, tremelucen con los fulgores del astro rey, como si asustadas de su grandeza soberana se echasen

a temblar humildemente, suplicando indulgencia. Comenzó la faena. Todo se resume en una sola palabra: ¡Trabajo!

En el mediodía, volvió el campo a quedar en paz, descansando. El templo es ahora el hogar, y el altar la mesa, donde el más viejo de la familia, antes de comenzar el yantar, bendice, con la misma unción con que el sacerdote consagra la sagrada forma, en el misterio de la Eucaristía, el pan nuestro de cada día.

Por el camino pasa la mendiga, que no tiene tierra para trabajar, que se quedó ciega trabajando la ajena y que está sola en el mundo. Desde la mesa se oye la supplica:

¡N-habrá unha rafina de mis-
tura
pla ceguña que esgramou lugar
[alleo?

A mais probe son da serra,
Teño os fillos n'outra terra
I-o maridiño no ceo,
¡Dadem' unha limosniña!

(Noriega Varela).

Y la mendiga tiene un asiento en la harturienta mesa labriega, que es ley de caridad, compartir el pan con quien no puede ganarlo.

Se ocultó el sol tras los pinos del horizonte. La campana de la iglesia parroquial llenó el espacio con "una estela invisible de plegaria". El labriego levanta su

testa sudorosa, mira al espacio infinito y tiene un recuerdo amoroso para los seres queridos que moran en el Reino de la Eterna Serenidad. Empieza el "lusco fusco" precursor de la noche que viene detrás a pasos largos... El paisaje se echa a dormir, arrullado por el rumor de los pinos, bajo la mano de Dios que está en todas las cosas: En los nidos de los pájaros, a la vera de la cuna, en los trigales dorados, en los malzales en flor, en las aguas, en el viento y en los astros. Y comienza la oración panteísta de la Madre Eterna, la Naturaleza en reposo.

Solo al amor, que anda a rondar por las casas de la comarca, le es dado interrumpir el silencio angusto. Y eso, porque lo hace cantando el "alalá" bravío, que es en la noche la señal de que el alma de la Raza está velando el sueño de la Tierra Nuestra. Pero el amor, también terminó su jornada. Es alta noche. Se durmió la canción. Galicia duerme recatada como una virgen druidica. El Silencio es dueño y señor.

El silencio dura poco también. Es ahora la muerte la que ronda. Un anciano labrador está en las últimas. Una vieja agorera afirma que vió la Santa Compañía rondando la huerta del viejo labrador. Por un blanco sendero alumbrado por unos faroles, pasa un acompañamiento seguido de un campanilleo insistente y lúgubre. Es el Santo Viático, que se dirige a la casa del viejo enfermo.

Del fondo de los arcones centenarios fueron sacadas las piezas más albas, que es muy principal el Señor que entra en la casa. Sobre el viejo lecho, que fué nupcial, de nacimiento y de muerte, el anciano de blancas patillas tira de su cuerda con resignación de Santo. Cumplió su misión a conciencia y afronta el tránsito supremo tranquilo y sereno. El Abad de la Aldea, que lo uniera en matrimonio y que diera a sus hijos la sal y el agua del bautismo y que recogiera de sus labios la relación de sus faltas, se acerca a él y en noble lengua nativa lo incita a perdonar a sus enemigos, si los tiene. Un hilo de voz que es ya de ultratumba responde sincera: **Perdono, sí señor.** Y luego cuando formula la misma demanda a la vecindad postrada de hiноjos, todas las voces, son una sola voz: **Perdonamos, señor.** Un segundo después, insensiblemente, el buen labrador entró en el supremo descanso, ya que para el labrador gallego "La eternidad es su primer domingo".

Se cumplió la ley inexorable de la Naturaleza y la Paz fué absoluta en el ambiente. Solo el rumor de los pinos prosigue su oración en la alta noche.

EL MANDATO IMPERATIVO DEL PAISAJE EN EL ESPIRITU GALLEGO—

Aquí tenéis, a grandes rasgos trazados, un diseño emocional del paisaje gallego, visto con aquella

mirada de santo analfabeto a que aludía al principio. Así lo vieron nuestros ojos cuando se abrieron a la luz primera. Así lo guardamos en el espíritu como una reliquia. Y así ejerce su mandato imperativo sobre nosotros, donde quiera que váyamos, bajo los cielos tórridos del trópico o sobre las tierras gélidas del polo.

El es el llamado constante que nos manda volver vivos o muertos; él surte las talegas de nuestra ternura y de nuestra emoción; él, al conjuro del recuerdo, brinda a nuestros ojos el sumo bien de una lágrima, cuando los creíamos secos para siempre; él inspiró a nuestros poetas, que le dedicaron

desde la emigración, estrofas inmortales; él es fuente de morriña y de saudade, que mata lentamente, o estimula las voluntades apagadas, para glorificación de la estirpe, con acciones heroicas y útiles al progreso de los pueblos.

Terminada la familia, extinguido el hogar paterno, roto el último vínculo que nos uniera al través de las distancias, quedará siempre, ¡siempre!, una voz amorosa que nos llame. La voz de la Tierra Madre, por el recuerdo del paisaje, donde nuestros ojos hicieron su aprendizaje de azul y de infinito.

He dicho.



...Y aquí tenéis a mi Galicia, la región de tan gratos recuerdos que va aprisionada al alma de los gallegos y que siendo tan buena, tan meritoria y tan llena de virtudes, es ignorada, es incomprendida y es calumniada, a veces, en España y en América. No, señoras y señores, hace falta que Galicia no sea ignorada, es necesario que Galicia sea conocida y respetada...

C. SANCHEZ MOSQUERA

...Galicia presenta hogaño el espectáculo multiforme y rico en sugerencias, de un renacimiento totalista e integral...

...Rosalia cuyo nombre crispa y endurece en nuestra garganta las palabras inútiles, se pone a cantar con la divina inconsciencia y por los mismos motivos que cantan los pájaros y se abren las flores. Ella, la Santa, era un corazón armonioso lleno de resonancias, que fué repartiendo entre sus hermanos y entre sus penas, en una nueva eucaristía de arte y de bondad. La frente en el polvo y las rodillas abatidas, son poco para hablar de ella, aún en el lenguaje místico y suave de la oración...

...Y creemos que España será grande cuando sus pueblos vuelvan a serlo...

E. BLANCO AMOR

...Y es que la Galicia de hoy es otra. Las artes y las ciencias florecen en sus ciudades. De nuestra ciudad, a la vez docta y santa, vuelven a salir los sabios para ganar oposiciones sin contrincantes. Sus artistas, hechos y consagrados en Galicia, van a otras tierras a conquistar primeros premios...

...Ahí tenéis a grandes rasgos trazados, un diseño emocional del paisaje gallego... El es el llamado constante que nos manda volver vivos o muertos, él surte las talegas de nuestra ternura y de nuestra emoción; él, al conjuro del recuerdo, brinda a nuestros ojos el sumo bien de una lágrima, cuando los creíamos secos para siempre; él inspiró a nuestros poetas, que le dedicaron desde la emigración, estrofas inmortales; él es fuente de morriña y de saudade, que mata lentamente, o estimula las voluntades apagadas, para gloria de la estirpe, con acciones heroicas y útiles al progreso de los pueblos...

R. SUAREZ PICALLO